



SUPLEMENTO DE CIENCIAS NATURALES DEL
BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS

AÑO V

1953

CUADERNO 1.º

Redacción y Administración: GRUPO DE CIENCIAS NATURALES «ARANZADI»
Museo de San Telmo - San Sebastián - Teléfono 1-47-09

COMUNICACIONES RECIBIDAS

Los jilgueros en el Valle del Iraurgui

por

MARTIN ICIAR

El hermoso valle del Iraurgui, visto desde una cima de la cadena de montañas que le circundan adquiere la forma de un inmenso anfiteatro, en cuyo seno habitan enjambres de pájaros de todas clases, haciendo de él uno de los rincones más encantadores de nuestro país.

En las primeras décadas de nuestro siglo, Azcoitia, la villa euzkel-dun por excelencia, enclavada en el centro del valle, albergaba un nutrido grupo "txorizale" que en su apasionada afición llegó a conocer concretamente la estructura que rige el desarrollo de los hermosísimos jilgueros, que en gran número pueblan este pintoresco valle, atravesado por las aguas del Urola que, en su serpenteado curso, produce una exuberante vegetación en ambas márgenes de su rica vega.

A la sazón, el viejo Matxin, entusiasta aficionado de los jilgueros, sentaba cátedra de sus observaciones entre la grey "txorizale" azcoitiana.

Años más tarde, habitaba en un viejo caserón semicubierto de lozana yedra, rodeado de hermosa huerta llena de magníficos frutales

y adornado con primorosos rosales que daban al lugar un aire atrayente y plácido.

Una tarde le sorprendimos fumando su pipa, como era habitual en él, bajo el frondoso nogal del "atadi" de su casa, escuchando con deleite los dulces trinos de varios jilgueros que alegremente cantaban en sendas jaulas colgadas en las ventanas ojivales del vetusto caserón.

Después del saludo de rigor y las acostumbradas alusiones al tiempo, recayó nuestra conversación sobre nuestro tema favorito:

—Oiga, Matxin, hemos tenido un animado debate sobre los jilgueros, y quisiéramos que usted nos aclarara ciertas dudas que no hemos podido dilucidar.

—Pues bien, para que sepáis contestar en forma convincente a vuestros antagonistas, os serviré lo más sencillamente posible las observaciones que hemos efectuado un grupo de verdaderos aficionados para conocer todo el sistema de vida que llevan nuestros admirados pajaritos. Mirad a esos cuatro jilgueros que penden de esas ventanas. Pero, esperad, será mejor que los bajemos aquí. ¡Joxepa! ¡Joxepa!...

—¿Qué pasa, Matxin?

—Estos muchachos quieren ver esos pájaros, bájalos aquí.

Al momento la Joxepa, la diligente "neskame" de Matxin, pone a nuestro alcance los cuatro bellos ejemplares. A coro exteriorizamos nuestra admiración y preguntamos a Matxin:

—¿Cuál es el mejor cantor entre estos cuatro?

Sin titubear nos indica uno. Patxi, uno de los presentes, se extraña de tan repentina indicación, porque para él los cuatro jilgueros, como las cuatro jaulas, son iguales en todo. Matxin reúne las cuatro jaulas en hilera y sonriente contesta:

—Sí, a simple vista son idénticos sus colores, pero sus tonos y facciones varían bastante. Estos cuatro jilgueros pertenecen a otras tantas colonias o tribus que pueblan nuestro valle. Sus canciones son completamente distintas. Escuchad con atención su canto y apreciéis las diferencias de sus respectivas melodías; además, para mejor comprensión, separaremos a los cuatro en lugares distintos y observaremos su variado léxico.

Sentados todos bajo el nogal, escuchábamos con fruición las atinadas observaciones del viejo Matxin sobre el valor individual de sus jilgueros. Accediendo a los insistentes ruegos de que nos expusiera la interesante vida de estos pajaritos, tras de arrojar por su pipa una bocanada de azulado humo, Matxin prosiguió:

—Este pájaro de hermosos colores y dulces melodías cuenta en nuestro país con numerosos aficionados de su bellissimo canto. La

Naturaleza, que rige esta especie con un maravilloso instinto, la ha constituido con un régimen que guarda muchas analogías con el género humano: como éste, se halla dividida en numerosas colonias o tribus, casi “nacionalidades”, bien definidas, con territorio, lengua y costumbres propias. Si recogemos varios de estos ejemplares en distintos lugares, a cualquier profano le parecerán idénticos de plumaje, de canto y de todo... pero con más detenida observación notaremos que lo único que los emparenta es el instinto de la especie y el lenguaje que usan en sus llamadas mutuas para reunirse las diversas colonias o agrupaciones en sus grandes migraciones anuales a los territorios del Sur.

Como en todas las aves canoras, el macho es el que posee el don de ofrecernos un conjunto de melodías, que en nuestra tierra conocemos con el nombre de “illerak”. Tienen también otras canciones cortas, “donarak”, que emplean ambos sexos: la peculiar manera de expresar sus “illerak” y “donarak” constituye la lengua característica de cada “nacionalidad”.

Una cría de jilguero arrancada al calor de su nido antes de los treinta días de su nacimiento, heredará de sus progenitores los trinos que son comunes a toda su especie. Comienza con un “txipa-pa” que repite continuamente, hasta que dueño ya, de su destino al cumplir los treinta días, prorrumpe en un canto nuevo, el “pipiteko”, especie de charla que usan en sus vuelos; llámense mutuamente con el “txintxineko” y hay camorra y algarabía entre ellos cuando se apostrofan con un estridente “tri-tri”; a veces profieren el “puit-puit”, grito de angustia o de terror cuando les acecha algún peligro inminente; y por último, un trino agudo y dulce que emplean cuando la Naturaleza les llama a la procreación. Pero este pobre jilguerito prematuramente separado de la compañía de su especie, no aprenderá más; está necesitado de profesor, al igual que un ser humano, para aprender su lengua materna... Esa instrucción no le faltará nunca en el territorio libre de su raza, donde podrá recibir la formación completa de las melodías propias que definen a su estirpe. Puede también ocurrir que aquel pajarito, puesto al lado de un adulto a los treinta días de su nacimiento, aprenda todo cuando oiga aunque el maestro no sea de su especie.

No todos los pajaritos presentan las mismas disposiciones para aprender el canto que oyen: mientras unos son precoces, hay otros sin embargo—en esto se asemejan también a los humanos—a quienes cuesta mucho aprender; y con frecuencia quedan algunos individuos que repiten melodías incompletas a pesar de contar con buenos profesores... Como estos individuos se hallan en minoría entre los miembros de la colonia, no constituyen obstáculo alguno para la con-

tinuidad de las melodías de su estirpe, siempre que ésta haya disfrutado de buen profesorado en la adolescencia, factor éste muy importante como puede apreciarse con algunas colonias de un altísimo valor canoro. En nuestro país la Naturaleza se ha mostrado pródiga con estas colonias: un sin fin de ellas ha buscado su asiento en nuestros valles y montañas para solaz de los innumerables aficionados de esta hermosa tierra.

Las Colonias

A lo largo de los años ocurren muchos cambios en la fisonomía de nuestros valles. Mientras desaparecen bosques enteros bajo el hacha del leñador, surgen espléndidos otros. En estos nuevos bosques o jardines se establecen algunas parejas de jilgueros de una o varias razas. Las generaciones que descienden de estas primeras parejas hacen la vida en común, formando una nueva asociación de familias. En los primeros años nótase cierta heterogeneidad en sus melodías, pero según vayan desapareciendo las primeras generaciones, habrá más unidad entre sus miembros y llegarán gradualmente a cantar todas las mismas "illerak" y "donarak", que serán una mezcla variada del canto de sus progenitores, pero sentando escuela. De esta forma irá formándose un nuevo núcleo, una nueva "nacionalidad", que podrá irradiar de los bosques o jardines recién surgidos a otros lugares, según su desarrollo expansivo.

Este mismo proceso natural de formación han adoptado numerosas Casas especializadas en la cría del canario. Forman primero un buen ejemplar, enseñándole determinadas melodías por medio de un disco de fonógrafo, y este nuevo ejemplar se encargará de instruir a las nuevas generaciones en la escuela propia de la Casa: así se han podido conseguir muy selectas razas de celebridad mundial.

—Señor Matxin, permítame una pregunta.

—Bien, Patxi, puedes exponer tus dudas.

—¿Podría usted identificar un jilguero azcoitiano de origen, muy lejos de nuestro txoko?

—¡Claro que sí! Lo mismo que un moderno criador de canarios. Conoce a sus ejemplares por el canto peculiar de la Casa, por la misma razón los buenos aficionados azcoitianos indenticarían sin lugar a dudas a los miembros de las razas que nos son familiares.

—¿Varía mucho el número de los que componen esas colonias?

—Sí, hay colonias de miles de pajaritos, y otras que llevan una vida lánguida. El desarrollo y la supervivencia de estas agrupaciones depende principalmente de su localización. Las colonias que tienen sus confines defendidos por altas montañas o lugares exentos de ve-

getación forestal, apenas tienen cambios perceptibles al correr de los años, llevando una vida plácida sin otra variación que las que se derivan de los vaivenes del clima y de las vicisitudes de sus largas peregrinaciones anuales a los territorios del Sur. En cuanto a las colonias que no cuentan con defensas naturales y están asentadas en la periferia de pueblos importantes que cuentan con numerosos aficionados, están expuestas a una paulatina decadencia, llegando a veces hasta a la total extinción de la estirpe, aunque al cabo de los años es reemplazada por nuevas generaciones que no tienen de común—con los ejemplares que les precedieron—más que su pertenencia a la especie.

Su reproducción

Cuando en abril regresan a sus lares, estos bellísimos pajaritos inundan los jardines y lugares sombríos de las vegas, y formados en parejas comienzan la búsqueda de un lugar adecuado para colocar sus nidos. Es realmente encantador el jolgorio que arman con sus rivales para quedarse con el árbol que a veces se disputan dos o más parejas. Al hallar la horquilla de alguna rama que les satisface, la hembra comienza afanosamente la construcción de su nido a base de musgo blanco, hierbecillas y la seda arrancada de las bolsas de la procesionaria del pino, acolchando luego su interior con crin y borra. En los primeros cuatro o cinco días de la puesta, que habitualmente es de cinco huevos, los machos, desde el alba hasta el anochecer, cantan su variado repertorio de melodías con verdadero frenesí, revoloteando continuamente por las inmediaciones de su nido. Pasados esos días, vive alejado, visitando a su hembra con intervalos de una hora aproximadamente, para cebarla y cerciorarse de que todo sigue su curso normal. A los quince días justos de la puesta del primer huevo, nacen los primeros pollitos, completándose al día siguiente la nidada. En los primeros ocho días se extreman los cuidados de la madre, que mantiene limpio el interior del nido y alimenta con insistencia sus polluelos, cuyos excrementos absorbe volviéndoselos a dar, junto con semillas de cardo, como exquisito manjar. A los siete u ocho días, los pajaritos abren por primera vez sus ojos; desde este momento; durante su estancia en el nido, toda la evacuación la hacen instintivamente al borde exterior del nido, conservando así limpio de toda materia perniciosa su tibio hogar. Cuando llevan así diez y seis o diez y siete días, están ya en condiciones de saltar de rama en sama, y, abandonando su nido, permanecen en sus inmediaciones hasta completar su desarrollo al cobijo de algún árbol corpulento y de mucha hojarasca. Antes de ser

dueños de sus destinos, recorren en pos de sus padres los bebederos y campos de cardos de los territorios de su colonia. Cuando el pajarito se basta para su alimentación, deja de pedirla a sus padres: entonces, éstos dan por terminada la misión que la Naturaleza les impuso para la continuidad de la especie.

Su formación canora

Las nuevas generaciones de la colonia van reuniéndose en los bosques cercanos y pasan el día apartados sin el menor contacto con individuos extraños a su estirpe.

A los pocos días de su vida independiente empiezan a balbucear las primeras “illerak” y “donarak” en forma ininteligible, y según va avanzando el verano se desprenden paulatinamente del plumaje de sus primeros días, al par que se clarean sus melodías para adquirir en septiembre su completo desarrollo, especialmente los individuos de las primeras nidadas, ya que para esa época cuentan con numerosos profesores adultos que han vencido las dificultades de la muda, y muestran su regocijo cantando con delirio, ante la proximidad de la gran odisea que les espera.

Su emigración

Cuando se aproxima la fecha de su partida, toda la colonia se reúne en compacto grupo, mostrándose sus miembros muy nerviosos al menor movimiento de disgregación. Este detalle delata la inminencia de la marcha, que emprenderán tan pronto como se presenten los vientos favorables que requiere su gran aventura, que iniciarán dando su definitivo “agur” a su tierra natal, silenciosos y tristes, con la esperanza remota de un retorno feliz. La fecha, de esta partida difiere de unas colonias a otras, por la razón de que unas transcurren sus ocios estivales en sitios soleados, mientras que otras frecuentan lugares sombríos y húmedos que retrasan la muda de su plumaje.

Así, los jardines y praderas que presentaban la alegría de estos pajaritos, se encuentran de la noche a la mañana tristes y solitarios. Aún quedan entre nosotros algunos elementos aislados que por su muda tardía no se encuentran en condiciones físicas para los grandes vuelos con sus largas etapas atravesando vastos territorios hasta llegar a la meta de su destino.

—Es interesante todo esto, señor Matxin, pero ¿por qué en algunas inviernos se encuentran entre nosotros grandes grupos de jilgueros?

—Cuando alguna que otra colonia de países norteños viene muy retrasada por diversos accidentes surgidos en su vuelo emigratorio hacia el Sur, puede ocurrir que pertinaces lluvias otoñales la sorprendan, y así encuentren cerrados nuestros puertos montañosos por nubes bajas. Si entonces encuentran un buen campo de cardos, no les queda más remedio que establecerse entre nosotros aun a riesgo de un eventual desastre, flotando errantes ante los vaivenes de un crudo invierno.

A principios de marzo, estos grupos desperdigados de diversas colonias se alejan de nuestros valles con dirección a sus respectivos países. Sólo quedan contados individuos indígenas de las razas locales, que esperan impacientes los primeros días primaverales para entrar en celo buscando una compañera en su inminente etapa reproductora.

—Señor Matxin, hemos oído hablar con frecuencia de bellas razas que antaño poblaban nuestro valle. ¿Tendrá usted la amabilidad de referirnos algo sobre ellas?

—Sí, es verdad, amigos. En este encantador valle del Iraurgui, habitaban cinco hermosas colonias, cuyas condiciones canoras estaban muy por encima de las de hogaño; pero el excesivo apasionamiento de los "txorizales" azcoitianos las despobló casi completamente.

Las colonias del valle del Iraurgui

Hacia el año 1920, la gran familia de jilgueros de nuestro valle, dividida en cinco colonias o "nacionalidades" bien definidas y separadas, constituía la máxima atracción para la afición azcoitiana. Al Este de la villa, la raza de los "Loyolalde'kos", de hermosas melodías y voz de barítono, acampaba, con núcleo principal en las inmediaciones del Santuario de Loyola, en las laderas del Oñaz, esparciéndose por las praderas y campos que rodean la ermita de Olatz, llegando sus confines fronterizos hasta el centro de nuestra Villa. Por el Norte, la colonia de los "Txintxillo", apreciables restos de una bella raza, ocupaba, en franca decadencia, una ancha faja en las estribaciones del rocoso Izarraitz. Al Noroeste, otra colonia muy numerosa, "Burruntzi", moraba en la zona montañosa comprendida a ambos lados de la carretera de Elgóibar, desde el caserío "Mecoleta" hasta el alto de Azcárate. Esta raza, de muy dulces trinos, era de carácter nervioso y el más arisco de entre nuestros pajaritos. La raza de los "Olótzaga" constituía una compacta y sólida colonia en las verdes laderas del "Keixeta", al Suroeste de la Villa, comenzando en el viejo palacio de "Eretzaga" hasta Elosua por un lado, y por otro,

orientado al Sur, desde Mártires hasta Aizpurutxo. Aún conserva incólume su vida próspera, ya que la, actual generación difiere muy poco de las que le precedieron. Es el de más alto valor canoro en el valle, por la degeneración experimentada por las demás. Estrujada y envidiada por estas cuatro colinias vivía la raza “Urtobatza’ko” en todo su apogeo, en los sombreados jardines que en semicírculo cierran nuestra Villa por el Sur.

Contrastando con las posesiones de sus vecinos, el territorio ocupado por esta colonia tan numerosa y fecunda, era muy exiguo: con todo, nunca demostró ansias de expansión; era feliz en sus fronteras...

Por aquellos años, toda la atención de los aficionados azcoitianos se centraba en esta magnífica raza, muy superior a cuantas la rodeaban; llegaron a estudiar de tal forma todas sus peculiaridades que penetraron la oscura vida de estos pajarillos hasta en sus más insignificantes detalles. Cada una de las estrofas del repertorio canoro de estos bellos ejemplares se conocía por su nombre propio. Por su aguda observación, llegaron estos buenos “txorizales” a reconocer simplemente por su aspecto exterior la clasificación que les correspondía dentro de las colonias descritas.

Al calor de esta escuela, el ambiente formó una afición desmedida, y surgieron por doquier “txorizales” que se disputaban por todos los medios a su alcance la posesión de estos codiciados jilgueros. No se saciaban con poseer uno o dos, necesitaban muchos, aunque en honor de la verdad, debo confesar no les guiaba ningún afán de lucro: era una moda que se imponía para adorno de los balcones con ejemplares que causaran admiración y un poquillo de envidia entre los numerosos aficionados. Es muy de lamentar que no se formara entonces una entidad reguladora que hubiera puesto coto a aquella despiadada caza, noble a veces y francamente detestable en otras ocasiones por los medios empleados en la captura de estos pajaritos. Originaron primero la decadencia de aquella privilegiada raza, y más tarde las consecuencias que todos los actuales aficionados lamentamos. Dentro de poco, os explicaré con más detenimiento la triste historia de esta raza.

Y después de breve pausa, prosiguió el viejo Matxin su relato:

La raza de los “Urtobatza’kos”

Los señoriales jardines que en ambas márgenes del Urola rodean con sus frondosas arboledas las antiguas casas solariegas de Jausoro y Portu, ofrecen un conjunto maravilloso donde, en tranquila quietud, han asentado su morada cientos y cientos de pajarillos de toda especie... En este bellissimo lugar sentaba sus reales la raza de los

“Urtobatza”. Estos jardines, cual populosa capital, acogían en sus frescas y sombrías arboledas la inmensa mayoría de la colonia. En los albores de la primavera, las parejas que por diversos motivos invernaban en su “txoko” natal, construían sus nidos al abrigo de los grandes pinos centenarios: el éxito de estas primeras puestas dependía del factor climatológico. Hacia mediados de abril, retornaba aquí la gran masa de la colonia que invernara en las tierras del Sur; a su llegada, los jardines y bosquecillos que rodean nuestra Villa se llenaban de notas de alegría y de bulliciosos trinos. Frecuentemente revoloteaban en alborotada algarabía grupos de machos en acción de policía, recorriendo continuamente los territorios de la colonia, castigando a los intrusos que con aviesas intenciones osaban penetrar en el recinto donde sus hembras, al abrigo de una tupida vegetación, cumplían la función que les confiara la Naturaleza para la conservación y pureza de la raza. En estos jardines, la primavera adquiría singulares encantos. ¡Cómo recordamos con nostalgia los viejos “txorizales” aquellos amaneceres en que cientos de machos de esta maravillosa raza rivalizaban en ofrecernos el variadísimo repertorio de sus dulcísimos “illerak”...!

Durante aquellos años de apogeo, anidaban estos pajarillos en cualquier parte; lo mismo les daba colocar su nido en las más altas ramas de un corpulento castaño de Indias como en las movedizas ramas de un pequeño rosal. En una acacia de regular tamaño anidaron a un tiempo tres parejas, que pese a sus pequeñas querellas criaron felizmente: eran mansos en grado sumo. Aún perdura el recuerdo de una parejita que anidó y crió en las ramas de un hermoso geranio que adornaba la ventana de una casa de la vecindad... ¡Muy celebrado fué tan dulce acontecimiento!...

Según avanzaba la primavera y se entraba en el verano, las nuevas generaciones que hacían la vida en común iban aumentando en número; al atardecer reuníanse todos en un ángulo de las frondosas arboledas de sus señoriales jardines, bien resguardados de los vientos del norte. Al amanecer, se esparcían por los bosques cercanos, donde abunda el cardo, y no volvían hasta la última hora de la tarde.

Cuando todos, silenciosos, se cobijaban en la espesura, los machos adultos, encaramados a las más altas copas de los pinos, que allí descollaban entre los demás árboles, cantaban reposadamente, como verdaderos maestros en su arte; así en la quietud del crepúsculo, recibían los retoños verdaderas lecciones de las melodías y donaras que caracterizan a su estirpe.

En la primera quincena de julio, casi todos los adultos dejaban de criar por sobrevenirles la muda de su plumaje y agregábanse a los

grupos de la nueva generación para pasar juntos los calurosos días de agosto en la umbrosa espesura del “Kukuerrri”.

En esta época, el itinerario que recorrían estos pajaritos para volver al lugar donde pernoctaban, estaba erizado de peligros sin cuento para su existencia libre. Allí, en aquel trayecto se daban cita los “txorizales” azcoitianos, que en gran número ocupaban los puntos estratégicos ávidos de cazar el mayor número posible de ejemplares. La persecución se intensificaba en septiembre, cuando al ceder los fuertes calores, estos pajaritos rondaban en grandes grupos por praderas y jardines donde vieron su primera luz. Se les acosaba en todas partes: en los bebederos y campos de cardos. Muchos de ellos caían irremisiblemente en la temida liga. Se guardaban los machos y se daba la suelta a las hembras... Y así se vino practicando año tras año hasta mediados de octubre, en que nuestros pajaritos tomaban la ruta de su gran aventura anual. Estas incessantes persecuciones causaban estragos en las generaciones juveniles. Mientras se cazaba, los aficionados se sentían muy felices sin percatarse de las consecuencias funestas que acarrearía su desmedida afición en cuanto a la integridad de aquella raza que tanto les fascinaba.

La captura de los pocos que quedaban entre nosotros durante el invierno resultaba muy difícil, porque tenían la experiencia de la edad madura. Sentían una verdadera aversión a los reclamos, y apenas se detenían a su llamada: parecía como que presentían lo que de ellos podían esperar.

Cierta primavera, al regreso de la colonia de su invernada, aparecieron a los ojos de los “txorizales” los primeros síntomas de decadencia en numerosos ejemplares de aquella hermosa raza. Muchos de sus miembros no completaban ya el repertorio de las melodías de su estirpe; pero la afición restó importancia al hecho: aún quedaban muchos y buenos cantores. Pero la captura de éstos se hacía cada vez más difícil, porque muchos de ellos habían estado alguna que otra vez colgados de la varita de liga que arteramente habría colocado algún “txorizale” de poca fortuna. Los aficionados, en lugar de atajar el mal y evitar el desastre que se presagiaba, arreciaron con más ahinco que nunca en su obstinada cacería; usando y abusando de todos los ardides imaginables, que culminaron en las verdaderas sarracinas que efectuaron—en plena veda—en los muros de una antigua casa solariega que frecuentaban los miembros de esta colonia en su período de celo, para alimentarse del salitre y calcio de sus viejos paredones. Este producto les es sumamente necesario para la formación de la cáscara de sus huevos y como tónico para sus pequeños polluelos. Cientos y cientos cayeron en la liga de aquellos muros de triste recordación, verdadero muro de lamentaciones para

los amantes de aquella raza... Sus repercusiones fueron desoladoras; era deprimente contemplar numerosos pajaritos que, en sus respectivos nidos, esperaban y demandaban incesantemente hasta caer extenuados el auxilio que sus padres les prodigaban y que no llegaría más.

La vida de la colonia sufrió un rudo golpe en aquella temporada, haciéndose patente en la siguiente primavera de vuelta de su emigración. El número de la colonia había disminuido considerablemente y el desequilibrio entre ambos sexos era evidente, pues no llegarían los machos a un diez por ciento en relación con las hembras. Estas, cuando entraron en celo, acosaban constantemente a los machos, abandonando, por fuerza, sus costumbres naturales, originándose de ello el relajamiento de la colonia.

A los dos o tres años, la degeneración llegó al sumo grado, ya que de aquella espléndida raza no quedaban más que machos penden-cieros, hembras descastadas y generaciones juveniles raquíticas. Los machos apenas se cuidaban de cebar a sus polluelos, y muchas hembras, madres desnaturalizadas, abandonaban a sus hijuelos antes de que pudieran valerse de sus propias fuerzas, pereciendo por esta causa nidadas enteras.

Causaba verdadero dolor a los buenos aficionados aquel triste espectáculo que ellos mismos crearon inconscientemente.

Una aciaga primavera, los hermosos jardines que fueron baluarte inexpugnable de aquella espléndida raza, manteniéndola libre de extraña ingerencia, fueron invadidos por jilgueros de toda procedencia, especialmente por sus montaraces vecinos, los "Olotzaga", que entrando a saco en la degenerada colonia, impotente para rechazar a los intrusos, la convirtieron en una población heterogénea donde quedaron como totalmente eclipsadas las características excepcionales de la raza indígena. Al año siguiente, nuestra colonia apareció convertida en una verdadera Babel. Exceptuando una pequeña minoría de pura-sangre, era imposible hallar dos ejemplares que cantaran las mismas melodías; afortunadamente aprendieron algunas "donarak" de la colonia, porque de otra forma hubiera sido imposible identificar su procedencia.

Con la aportación de los nuevos elementos, inició la colonia su recuperación del vigor físico, y bastaron dos o tres generaciones para restablecer el equilibrio que necesitaban ambos sexos. Entrando así en franca regeneración, volvieron a sus antiguas buenas costumbres, unificando entre la población mixta el repertorio de sus melodías, muy influenciadas por las de la raza "Olotzaga"; por su parte, los pura sangre constituían una minoría selecta, renaciendo su orgullo de raza al mantener sus relaciones con los elementos mixtos de la colonia en un plano mínimo.

Presenciaba una tarde a varios muchachos entregados afanosamente a una cacería de jilgueros con gran alarde de elementos. Uno de ellos, interrumpiendo la conversación, exclamó: ¡Callaos! Ahora vienen los señoritos de Urtokobatza. Y, en efecto, al momento aparecieron una docena de estas pajaritos alborotando el espacio con su clásico "pipiteko", prosiguiendo su vuelo indiferentes a las llamadas de los reclamos. Se erigieron estos "odolgarbi" en una auténtica aristocracia de su colonia, guardando celosamente las tradiciones de su estirpe y poniendo de relieve ante los codiciosos aficionados azcoitiarras sus excepcionales dotes canoras.

—Señor Matxin, ¿ocurrió en esa época la tragedia del jilguero Pello?

—Sí, así fué, en efecto. Es un hecho veraz lo que ocurrió por entonces a un jilguero enjaulado conocido por el nombre de su raptor. El hecho despertó el más vivo interés entre los numerosos aficionados.

—Patxi no lo sabe y algunos de nosotros lo recordamos vagamente, replicó Anton.

—Pues bien, si tenéis la paciencia de escucharme proseguiré mi charla.

La tragedia del jilguero Pello

Era una de esas mañanas de mayo de limpio y claro cielo, cuando nuestro incomparable valle se halla vestido con todas las galas de la naciente primavera. Nuestro jilguero, Pello, pura raza de los "Urtokobatza", vivía cautivo desde hacía cinco años. Aquella mañana cantaba Pello con su garbo peculiar, dando muestras de un nerviosismo desacostumbrado. Su alteración provenía de una agradable visita; una hermosa "dama", accediendo a las reiteradas súplicas de Pello, multiplicaba sus coloquios sobre la jaula, entregándose totalmente al amor del pobre cautivo. Varios aficionados tuvieron la idea de cogerla y encerrarla junto a su amado; pero una triste melancolía se apoderó de la hermosa hembra poniendo en peligro su vida. Horas después volvía a la libertad, desapareciendo de aquellos contornos durante algunos días: Pero seguramente espiaba desde algún lugar no muy alejado las continuas llamadas que le dirigía el pobre Pello.

Repuesta de los apuros que atravesó durante su corto encierro, reanudó por fin, vencida por su amor naciente, sus visitas a la prisión, donde impaciente la esperaba su amado.

En un nogal, cuyas ramas extendían su sombra sobre la dorada jaula de Pello construyó su nido, poniendo cinco huevos.

Las dulces melodías de Pello hicieron llevaderas las largas horas de la puesta: ella acudía solícita a la jaula para recibir las caricias

y los alimentos que su amado le prodigaba por los intersticios de las rejas que le aprisionaban.

Al cabo de los veinte días, un aficionado subió al nogal y vió con pena que no habían nacido los polluelos: comprobóse que todo su trabajo había resultado estéril por la fidelidad observada con su consorte. Muy pocos días después volvió a construir su nido en las ramas de una enredadera vecina con el mismo resultado negativo. Deshecho su segundo hogar, una buena mañana buscaba afanosamente sobre la jaula de Pello algún lugar para construir su nido por tercera vez. Un aficionado que presenciaba sus movimientos, percatado de las intenciones de la enamorada, colocó sobre la jaula una ramita con su horquilla muy adecuada para sostener un niño. Al punto la hembra la aceptó y ansiosamente dió comienzo a su obra. Esta nueva situación aumentó el nerviosismo del infeliz Pello, cuyo suplicio se acentuaba por momentos cuando su adorada le invitaba a los goces del amor.

Compadecido ante la creciente desesperación del pobre Pello, el aficionado que le mantenía encerrado en su dorada jaula decidió abrirle de par en par las puertas de su prisión: así, al cabo de cinco años de cautiverio, le llegó la tan suspirada libertad.

Pello, escoltando con orgullo a su amada, recorría en alegre vuelo los jardines que fueron su cuna: era verdaderamente encantador ver a la feliz pareja acarreado los materiales para la construcción de su nido.

Cuando la hembra empezó su puesta, la felicidad de Pello llegó a su colmo; cantaba con delirio en las ramas más altas de los árboles cercanos a su nido, y parecía lucir más que nunca su exquisita voz. De vez en cuando, acompañado de la hembra, recorría los vecinos prados en busca de cardos; en las largas horas que aquélla pasaba sobre sus huevos, la alimentaba y ejercía solícita vigilancia desde las ramas del nogal, que ni por la noche abandonaba, pernoctando bien guarecido entre sus frescas hojas.

Sin embargo, una lluviosa mañana de fines de junio, dejaron de oírse las vibrantes notas con que Pello, con su melodiosa y potente voz, saludaba la aurora entonando un himno al Supremo Hacedor. Aquella brusca interrupción nada bueno podía presagiar... La hembra abandonó varias veces el nido, volviendo siempre sola.

En vano recorrieron varios aficionados los jardines del contorno... De Pello no encontraron ni rastro... Sin duda fué víctima, aquella noche, de alguna ave de rapiña: desapareció para siempre dejando un emocionado recuerdo en los aficionados azcoitianos.

La solitaria hembra siguió con todo cariño en su nido, presintiendo la proximidad del nacimiento de los polluelos, fruto de sus caros

amores. Como madre amantísima, alimentó y crió tres pajarillos rollizos que fueron encerrados en la jaula paterna, hasta que fueran dueños de sus destinos. Liberados dos de ellos por la condición de su sexo, ocupó el tercero la dorada jaula de su padre: allí vivió seguido por la simpatía y cariño de unos buenos aficionados que no olvidaban su singular ascendencia. La hembra, acompañada de sus dos hijitas, se reintegró a la vida común de su colonia. Así terminó la trágica historia de los amores de Pello.

—Es una historia increíble, exclamó Patxi.

—Algo excepcional y único, repuso Antón.

—En parte sí, contestó el viejo Matxin, pero es natural que una hembra en estado libre se vea envuelta en los amores de un macho enjaulado de su especie. Estos últimos años hemos observado casos parecidos, pero sin llegar a la realidad concreta ocurrida con el infortunado Pello.

Después de una breve pausa, el viejo Matxin, ante la insistencia de los presentes, prosiguió su relato.

Conclusión

Cuando los elementos mixtos de la colonia se recuperaban y ascendía gradualmente su valor canoro, presentando halagüeñas perspectivas, la minoría de los pura sangre era objeto de persecución creciente por parte de algunos "txorizales", sin que pusiera freno a su ímpetu la posibilidad de una desaparición inminente de la raza. Con su lamentable proceder ocurrió lo inevitable: se volvió a actuar en gran escala en el siniestro paredón de tan triste recordación, dejando exangüe a la perseguida colonia: así se llegó al brutal exterminio de los últimos ejemplares de aquella inolvidable raza de los "Urtobatzakos". ¡Ya no se oyó más, en los señoriales jardines de Jausoro y Portu, la dulce melodía, la "Azpitia luzie" del vulgo, que escuchaban maravillados los aficionados azcoitiarras! La desilusión de la afición "txorizale" fué enorme al comprobar la perpetua desaparición de su raza favorita, porque aún esperaban que su fecundidad habría de superar la crisis que atravesaba. La actitud inconsciente de unos pocos defraudó las esperanzas de los más.

* * *

A la caída de la tarde de un caluroso día de San Bartolomé, los despojos de aquella colonia sumida en el caos acudieron, como de costumbre, a pernoctar a un bosquecillo de chopos, situado en el lugar denominado "Torren-serra". A poco de cerrar la noche, una deshecha tormenta seguida de fuerte pedrisco descargó sobre la Villa y los

campos del contorno, produciendo graves daños. Al día siguiente, la afición azcoitiarra vió con estupor y pena el infortunio de nuestra colonia. En el bosquecillo, yacían víctimas del pedrisco cientos de ejemplares, últimos restos de aquella raza privilegiada, sorprendida por una muerte colectiva cual si fuera una partida de hugonotes en histórica noche de San Bartolomé... Perseguida sin tregua por admirada, su fin dejó un recuerdo imborrable en la numerosa grey "txorizale" de Azcoitia.

Antón rompió el silencio que siguió al relato de Matxin, preguntando:

—¿Qué opina usted, señor Matxin, ante la creciente disminución de jilgueros que pueblan nuestro valle?

—Desde hace unos veinte años vamos observando esta disminución que tanto nos alarma, aunque a la verdad, hoy en día apenas se persigue aquí a estos pajaritos, porque la afición dejó de existir a raíz de la desaparición de sus mejores ejemplares. Por otra parte, apenas regresa un veinte por ciento de los que emigran a los países del Sur. Muchos son los peligros que acechan a estos débiles pajarillos en sus viajes de emigración: cientos de aves de rapiña, emigrantes del Centro y Norte de Europa, los persiguen con voracidad, produciendo numerosas bajas en sus filas. No se hace sin peligros la travesía del estrecho de Gibraltar: con frecuencia son sorprendidos por vientos contrarios que los alejan de la tierra, empujándolos mar a dentro, ahogándose irremisiblemente en el Mediterráneo.

Pero otro peligro mayor les aguarda en los lugares de la costa donde se concentran antes de franquear el paso: en gran escala actúan cazadores con redes. Hace algunos años, presenciaba en las costas marroquíes la faena de uno de esos cazadores: en una sola redada se llevó unos ochenta pajarillos, que a los pocos minutos eran degollados y desplumados quedando listos para su venta a perra chica en los bares de la ciudad como tapas a un chato de manzanilla. Al poner reparos a su trabajo, me contestó que era su mejor medio de vida y que tenía que sostener una familia. Reprimí mi mal humor y me aparté silencioso de aquel deprimente espectáculo.

—Es extraño que las autoridades toleren semejante barbaridad, exclamó Patxi.

—Si no se pone término a esas cacerías, repuso Antón, no encontraremos aquí más que pájaros sedentarios, pero también esos flamantes bares tendrán que excluir de la lista de sus apetitosos bocadillos a las *fringillas carduellis europaeas*, y en su lugar ofrecernos tortillas de huevos de ruiseñor y pechugas de canario, echando mano a sus pajareras.

El viejo Matxin, acariciando su barbilla, prosiguió:

Hemos de tener presente que nosotros, los pueblerinos, por estar en contacto más directo con la naturaleza, somos los primeros en lamentar estos hechos, pero cosa muy laudable sería se constituyera como en otros progresivos países alguna *Asociación protectora de animales*, que tomara las oportunas medidas para cortar ese peligro de exterminio en masa que representan los aludidos cazadores de oficio, tal vez procurándoles otros medios menos odiosos para sostener a sus familias.

No bien había acabado de hablar, se abrió una de las ventanas ojivales del viejo caserón, y asomóse la fiel Joxepa con aire malhumorado que, dirigiéndose al grupo, exclamó:

—Pero, ¿estáis todavía hablando de pájaros? ¡¡Qué cosas tienen estos hombres!! ¡Matxin, ha refrescado la tarde y mejor será que se retire!

Al momento los reunidos se levantaron, y después de un cariñoso “agur” al viejo “txorizale”, comentando sus atinadas observaciones regresaron a su querido “txoko”

